

SUSCRICION

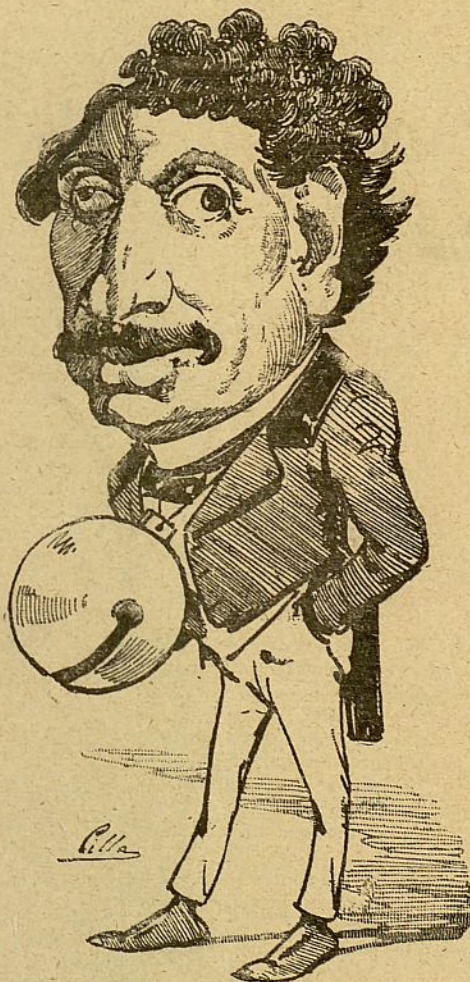
Barcelona trim. 1'50
Fuera id. 2 pt.

PAGOS ADELANTADOS

Número corriente
10 CÉNTIMOS
Id atrasados 20 cents.

Redacción y Administración: Vertrallans, 3, 1.º

CÁRLOS FRONTAURA



Castizo, elegante, movido, gracioso,
su estilo respira soltura, alegría....

Si fuese tan guapo como es ingenioso,
¿qué guapo sería!

Ayuntamiento de Madrid

Enviado a la imprenta

SUMARIO

TEXTO:—*Un suscriptor y yo.*—*La semana*, por J. de la Cruz Ferrer.—*Paralelo*, por J. Fernández Bremón.—*Géneros*, por José Borrás.—*Cuentos de Catulle Mendès*, por Tomás Camacho.—*A uno que odia los versos*, por Joaquín Miranda.—*Arrepentimiento*, por Francisco Capella.—*El reloj*, por Manuel Lassa y Nuño.—*Recuerdos*, por Vital Aza.—*Ya veremos*, por J. Adán Berned.—*Carta de Cuba á un tal Pons*, por Eduardo Aulés.—*Latinajos*, por Jesús Murais.—*Lección de historia*, por José de Diego.—*Muchos pocos*, por S. Ust.—*Matineé*, por Fernando Segura.—*Mi parábien*, por Félix Mendez.—*Menudencias*, por S. Ust.—*Un cobarde*, por Juan Ripechin.—*Cuento*, por Luis Taboada.—*El Rey de los santos*, por F. Ulacia Beitia.—*Chirigotas*.—*Publicaciones*.—*Anuncios*.

GRABADOS:—*Cárlos Frontaura*.—*Modestia pura*.—*Duda*.—*Frases*.—*Una travesura y Abecedario faccial*.

UN SUSCRITOR Y YO

—Hola, periodista.
—Adios, señor suscriptor. ¿Cómo está Vd?
—Bueno, gracias.
—Pues... apropósito de bueno ¿qué le pareció á Vd. el Almanaque?
—¡Pshé! Estaba bastante bien, si.
—Gracias.
—Pero he de hacer observar á Vd. una irregularidad. Prometieron Vds. á los suscriptores que recibirían el número con un día de anticipación, y no solo no lo han cumplido, si no que á los de fuera, se los han mandado con un día de retraso. Y si ahora, que aun no asamos, ya pringamos...

—Pues mire Vd.: dé Vd. gracias por ello á la celosísima Administración española, que nos ha tenido durante una semana, en Barcelona, en la segunda capital de España, sin sellos de franqueo de 5, 2 y 1 céntimos. Y como, gracias á Dios y á la bondad de Vds., tengo yo un número algo respetable de suscriptores, entre gastarme un piquillo más que regular en el franqueo y retrasar la salida un día, opté por el retraso. Llegaron el viernes los sellos y... Pero, vamos, que Vd. sabrá dispensarme por esta vez.

—Bueno; si me promete V. no volver á abusar de mi amabilidad.

—Prometido. ¿Tiene Vd. algo más que mandarme?

—Nada. Adios, periodista.

—A la orden de Vd., señor suscriptor.



LA SEMANA

Se ha dispuesto la demolición del arco-cascada, cuando empezaba á prestar algún servicio; pues no eran pocas las personas que durante estas últimas lluvias, se refugiaban, bajo aquella magnífica obra, contra los rigores del tiempo.

¡Es una lástima que se derribe el arco!—me decía un arquitecto municipal—porque es el único monumento que de ese estilo existe.

—No se apure V.—le contesté—que aun nos quedan otros mamarrachos en esa desgraciada plaza de Cataluña

—¿A usted le parece que nos vamos á quedar con ese panorama de Waterlloo?

—No señor. Lo que creo es que ese panorama se vá á quedar con nosotros.

Hay que convenir en que el derribo de aquel adefesio llamado arco-cascada — apesar de que la cascada aún no ha parecido—no se hace en debida forma, porque ¿qué entienden los albañiles en eso?

Lo procedente fuera que se encargaran de lo operación algunos sacamuelas, puesto que es una mala dentadura el adorno del admirable arco.

Y conste que no me refiero á los Sacamuelas del Tívoli, porque esos—y su padrino el señor Navarro Gonzalvo me perdoné—no sirven para maldita la cosa.

Se me figura que será breve su estancia en Barcelona.

Si Dios no lo remedia, los vecinos del Ensanche nos veremos obligados á emplear como únicos vehículos posibles las embarcaciones menores.

Nuestras calles, después de la primera lluvia, eran un lodazal; á la tercera formaron varios charcos; ahora constituyen un mediterráneo de tercer orden.

—¡Si viera V. que deseos tengo de que se resolviera pronto eso de los sub-marinos! Me gustaria ir hasta mi misma casa en uno de ellos.

—¿Acaso vive Vd. en Venecia?

—¡Cá, hombre! Ahí, en la calle de la Diputación.

—.....¡Después de haber ocupado posición tan elevada!

—¡Oh! no hay probabilidad de subir otra vez.

—¡Qué remedio queda! ¡hay que conformarse con la suerte!

Al oír este diálogo, pensé que se hablaba de la quiebra de algún banquero, ó de una desgracia de familia. Y eran don Facundo y Ramoncito, que lamentaban no poder verificar más ascensiones en el globo cautivo.

Porque ya está decidido. Van á verificarse irremisiblemente las últimas ascensiones.

Un militar muy aficionado á ellas, hablando con su coronel, se condolia de que terminasen.

Lo que es yo en febrero asciendo.

—contestaba el coronel—

--¿Y cómo, sino habrá globo?

--¡Hombre, asciendo..... á brigadier!

Dice el *Diario de Barcelona* que este año, en la función religiosa celebrada el día de Reyes en la Catedral, la iluminación ha sido mayor que otras veces.

--No puede negarse que esta extraordinaria iluminación se hizo en honor de la infanta doña Eulalia—decía indignado un sacristán carlista.

--¡Se vé bién claro que sí!—añadía otro del gremio. Y contestó un tercero:

--Pues para eso se hizo la iluminación: ¡para que se viese claro!

En un palco de un teatro de San Sebastian se hallaba una pareja muy amartelada.

De pronto el público empieza á toser, á las toses siguen los silbidos, los aplausos y otras muestras de desagrado y de aprobación.

¡Y la pareja... como quien oye llover!

Se presenta en el palco un agente de seguridad, diciéndolo á los enamorados:

--Hagan Vds. el favor de abandonar este sitio, porque estas cosas se hacen mejor en casa, que en el teatro.

--Nosotros no molestamos á nadie—contesta el novio.

--Estamos en la luna de miel—añade la novia.

--Si Vds. están en la luna, el público está en las lunetas y hay que tenerle respeto.

Aquella pareja se retiró y los espectadores, que por efecto de la representación, habían conciliado el sueño, se quedaron..... á la luna de Valencia.

La impaciencia y la curiosidad nos devoran.

Por ahora sólo sabemos que el señor Rius y Taulet es marqués de Olérdola y no nos contentamos con eso. Quisiéramos averiguar para quienes serán los otros títulos y si al Comisario régio le harán conde, si á *Fulano* le harán barón ó si á *Zutano* le harán..... un par de zapatos.

--Usted y yo—le decía un miembro del Consejo á otro—esperábamos que nos hicieran grandes cruces. A usted tal vez no le olviden; pero en cuanto á mí, sólo espero que me hagan *cruz*....., y *raya*:

--Vd. siempre tan pesimista. ¿No ha leído V. *El Noticiero*?

--No. ¿Qué dice?

--«..... se les concederán títulos nobiliarios. Además se darán otras *gracias*.» Y esto vá para nosotros.

--Sí: me ha convencido V. Nos darán algo.

--Y ¿qué cree V. que será?

--Pues eso... ¡las gracias!..

¡Qué envidia ván á tener todos esos señores al misero revistero de LA SEMANA CÓMICA, que sin que el Gobierno se la haya dado tiene una Cruz, pues se llama, para lo que Vds. gusten mandar:

JUAN DE LA CRUZ FERRER.

PARALELO

Después que he sabido, ingrata,
tu imperdonable falsía
¿aún te quejas? ¿todavía
tienes celos de mi gata?

¡Hipócrita! sabe pues
que esa gata que aborreces,
vale más que tu cien veces.
Voy á probártelo, Inés.

Sus ojos serenos son;
no fingen amor ni enojos,
cuando en tus azules ojos
todo es cálculo y ficción.

Mientras me oprimes y enfadas
con tus iras y tu ceño,
ella me dá con empeño

carifiosas topetadas.

A mis pies llega y se enrosca
con indolente ronquido;
si entra álguien, lanza un bufido,
se enloma y se pone fosca.

Nunca ensangrentó mis brazos
con arañazos crueles,
y tu, sin ser gata, sueles
predigar los arañazos.

Aunque es tu conducta pura
desde que te conocí,
sé que murmuras de mí,
y Morronga no murmura.

Si á los tejados vecinos,
con acento lastimero,

sale á cumplir en Enero
sus deberes femeninos,
y algún atrevido amante
la acomete y la conquista,
causa lástima y contrista,
su maullido suplicante,
Acuérdate del inglés;
recuerda bien el suceso;
cuando quiso darte el beso
tu no mayabas, Inés.

Cesen tus reconvenciones
¿cuál tu conducta será,
cuando una gata te dá
tan saludables lecciones?

JOSÉ FERNANDEZ BREMÓN.

GÉNEROS

DRAMÁTICO

EL ANVERSO Y EL REVERSO
O LO INÚTIL DE LOS FACTOS,
drama social en tres actos
y en ripio, que diga, en verso.

Personajes: *Él*; marido.

Ella; muger (¡natural!)

y *Un amante*... liberal,
pero muy entrometido.

Escena final. (Fragmento.)

Ella, muda y vacilante;
sombrios *Él* y *el Amante*....
y sombrío el aposento.

—¡Oye y tiembra! Tu papá
(habla *Él*) que en gloria esté
me dió una taza de thé
dieciseis años hará.

Aquella taza traidora
contenía un buen veneno,
¡bueno, pero bueno, bueno!
¡¡Esencia de zarza mora!!

de poesía
que nos traemos hoy día.

—Bien, pero es que yo...—A eso voy
mejor dicho, vengo ya.

¡La taza de tu papá
te la vás á tomar hoy!

—¿Por qué?—Por la acción traidora
que acabo de sorprender.

—¿Eh?—Si señor; por hacer
el amor á mi señora.

—¡Oh, no! yo soy inocente
y ella un ángel de candor;
culpado al apuntador

MODESTIA PURA



—Pues mire Vd.: mi marido se quiere ir ahora á Londres, porque dice que allí se verá libre de ingleses.
 —¿Y qué?
 —Nada; que yo tengo un miedo que no veo, porque como anda por allí el *destripador de mujeres*, que dicen que prefiere siempre á las guapas, una... ¿sabe V.?... es natural que tema...

que ha oficiado de serpiente.

—¡Ah, pilló! ¡Le mato á palos!
 —Me parece mala idea.
 Condénele usted á que lea versos de poetas malos.

La víctima.—Ya que muera, dejadme morir tranquilo.

¡Por Dios, no me deis á Grilo! ¡dadme otro malo cualquiera!

—Darle Menendez Pelayo.

—¡Eso es peor que la peste!

—Entonces que lea á Cheste

—¡Primero me parta un rayo!

—¿Arnao?—Peor que peor.

—¿Y Fernández-Shaw?—Tampoco.

—¿Por qué?—Por que vuelve loco de puro malo ese... *autor*.

—¡Trata de evadirse el vill!

—¡Huyo la muerte cruel!

—¡Duro!—¡Candilazo en él!

—¡Pues que lea á *Fray Candill*!

—¡Soberbio! ¡Pirámida!

Con eso muere el tunante.

A ver: que lea al instante

á ese crítico fatal.

(El apuntador suspira

y por fin lee en voz alta,

pero el aliento le falta

y á medio artículo espira,

gritando:—¡Gran Dios, qué estilo!

¡Muero entre horribles dolores!

¡Qué críticas! ¡Son peores

que los sonetos de Grilo!)

—
 Este es el nuevo ideal:

hacer crítica en la escena;

la idea no será buena,

pero como original...

¿Que hay *grita*? Pues ya es sabido

lo que en caso tal se hace:

Salga un toro al desenlace

y negocio concluido.

LÍRICO

—Tu desdén me mortifica.

Dame un beso.—¡Poco á poco!

—¡Loco, loco, loco, loco!

—¡Rica, rica, rica, rica!

—¡Con cuánto placer te escucho!

Sin duda será un capricho.

—Dí, ¿me quieres?—Ya lo he dicho.

—¿Mucho?—¡Mucho, mucho, mucho!

—¡Adulador!—¡Repreciosa!

—Si sabes tú más que Lepe.

¡Pepe, Pepe, Pepe, Pepe!

—¡Rosa, Rosa, Rosa, Rosa!

Dí: ¿nos casaremos pronto?

—Cuando tu querrás, cariño.

—Y di: ¿tendremos un niño?

—¡Tonto, tonto, tonto, tonto!

ÉPICO

¡Sus! ¡á la guerra, valientes!

¡Si faltan barcos potentes

y torpedos y cañones,

luchemos como leones!

¡con las uñas! ¡con los dientes!

Vean con admiración

luchar á nuestra nación;

suelo en hazañas fecundo,

¡que siendo un rincón del mundo

dejó al mundo en un rincón!...

¡El entusiasmo me abrasa!

¡Marchemos á poner tasa

á esa nación que nos reta!...

(Es de advertir que el poeta

se suele quedar en casa.)

FESTIVO

—*El Vencejo* es un charrán.

—¿Charrán? Lo que es *el Vencejo*

pá que sepas, un muchacho

modelo.—*Pás* ya lo creo:

modelo de los muchachos

que visitan *el Modelo*.

—Oyes tú, que no le faltes.

¡Allí viene!—*Pás* me alegre

(¡El es! estaba por irme.)

—¿Te irritas?—¿Yo? ¡Me quedo!

Pingajos ¡por una dama

se matan dos *cabayeros*!

(Larga pausa en la pareja

mientras llega el *interfecto*.)

—Buenas noches.—Buenas noches.

—Buenas noches.—(¡Hay jaleo!)

—¿Traigo monos en la cara,

ú qué?—Tu debes saberlo.

—Lo que sé es que la *Pingajos*
—y ella te dirá si miento—
me ha comprometido el *chóti*;
y en este caso, yo entiendo
que sobra aquí una persona,
y esa eres tú, pero esto
que *coste* que no es echarte:
¿sabes tú?—(¡Me insulta el *méndigo*
y se sonríe la *pérjura*!
¡*Pús* esto no lo tolero!)
—Conque...—*Asperate y ascucha*:
Tú, que eres más *cabayero*
que el mismo Vazquez Varela
—dicho sea con respeto—

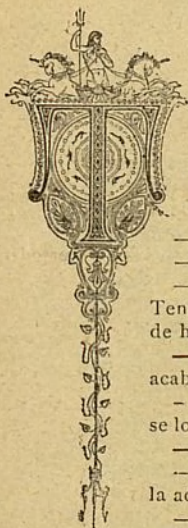
no *iznorarás* que en los bailes
se pide consentimiento
al *cabayero* que está
con la *señora*. Es *correuto*.
—*Pús* eso no vá conmigo.
—¿No? *pús* eres un grosero.
—¿Lo dices por mala?—¡Puede!
—Entonces me insultas.—¡*Güeno*!
—Y yo te corto la cara.
—¡Cortaban!—¡*Pús* ya lo creo!
—¡Eso hay que verlo con lentes!
—¡*Pús* á verlo!—¡*Pús* á verlo!

Y ahora... lo mismo de siempre:

acaba el *lance sangriento*
por darse, los dos, las manos,
porque los dos tienen miedo;
pero si de la refriega
salen los chulos ilesos,
padece en cambio el lenguaje,
y se encanallan los versos,
y se pervierte el buen gusto,
y en fin, *nos vamos* poniendo
los escritores festivos
que no hay por donde cojernos.

JOSÉ BORRÁS.

CUENTOS DE CATULLE MENDES



La buena amiga.

OC.... toc....
—¿Quién vá?
—Haga V. el favor de abrir.
—¿A semejante hora? ¿está V. loco?
—Sí, de amor; y V. tiene la culpa.
Tengo absoluta necesidad de verla y
de hablarla.
—¡Imposible! Me voy á acostar;
acabo de desabrocharme el corsé.
—Eso no es un inconveniente. Yo
se lo abrocharé si V. gusta.
—¡Es V. un descarado!
—Seré todo lo que V. quiera, pero
la adoro.
—No necesito adoradores tan im-
pertinentes.
—Estoy dispuesto á morir por V.
—Que V. viva, ó que se muera ¿qué me importa?
—Soy joven.
—Y tonto. Váyase V.
—Soy guapo.
—Y fátuo. Váyase V., le digo.
—Soy rico.
—Y bruto. Si no se va V. inmediatamente, me veré
en la precisión de gritar.
—Soy el amante de su amiga Clementina.
—¿De veras? ¿y por qué no lo dijo V. antes?—excla-
mó la joven, abriendo la puerta con una precipitación
que demostraba bien á las claras hasta que punto llega
á sacrificarse una mujer cuando se trata.... de perjudi-
car á su amiga más íntima.

LOS TRES SOMBREROS.

Iban á salir. El sol de una tarde de invierno, atrave-
sando el cristal, había hecho comprender á los dos
amantes que debían interrumpir por algunas horas el

duo de caricias y dar un paseo por las afueras de la
población.

—Tengo tres sombreros—exclamó Julia—¿Cuál me
pondré?

Valentin se encogió de hombros y siguió contem-
plándola con arrobamiento.

—¿Quieres que me ponga el encarnado? Parece, sobre
mis rubios cabellos, una rosa de Alejandría que abre
sus hojas en un sembrado de miés.

—No,—dijo Valentin—no quiero que te lo pongas.

—¡Olvidadizo! La primera vez que lo llevé fué el día
en que te permití, también por vez primera, salvar la
distancia que existía entre tus labios y mis labios.

—Aquel beso me hizo muy desgraciado..... Sólo sir-
vió para aumentar mi sed amorosa.

—¿Quieres que me ponga el de terciopelo azul con
rosas ajadas? Es bonito y, colocado con gracia sobre la
oreja, me sienta muy bien.

—No debes ponértele.

—¡Ingrato! ¿no recuerdas que lo llevaba el día en
que me senté temblando en tus rodillas, al acabar nues-
tro paseo por el bosque?

—Sí: pero también me acuerdo con pena de que
echaste á correr, porque se oyeron los pasos de un
importuno que se acercaba á nosotros.

—Será preciso, entonces, que me ponga el de color
de malva con hojas veteadas y parecidas á las de la
viña cuando las tuesta el sol.

—¡Sí!.... ¡sí! Ponte ese. Es el que llevabas aquella
tarde....

No terminó de hablar. Julia hizo un mohín delicio-
so y Valentin prorrumpió en alegre y estrepitosa carca-
jada.

EL EDREDÓN

El magnífico edredón que cubre el lecho conyugal
fue origen del altercado que sostienen los dos esposos.
Julio, cuya sangre hierve, se empeña en apartarlo; pero
Matilde tiene frío y lo sujeta con todas sus fuerzas,
riéndose como una loca cada vez que consigue frustrar
los propósitos de Julio.

—Puéis lo he de quitar, testaruda mía.

—No lo quitarás, porque puedo más que tú.

—¡Es tan pesado!

—No; es muy ligero.

—Ten compasión, alma mía; ¿no ves que me ahogo?

—Ténla tú de mí ¿no ves que tiritó?

El combate se prolonga entre ruidosas carcajadas

dulces caricias y besos apasionados; hasta que al fin adopta ella una resolución que ha de proporcionarle el triunfo: cierra los ojos y permanece inmóvil.....

¿Cómo? ¿se ha dormido? Julio la contempla buen rato y concibe un proyecto, que pone al instante en práctica, procurando contener la risa para que no se despierte su esposa.

Poco á poco, y con infinitas precauciones, va retirando el edredón Ya está al borde de la cama..... ¡Eal ya está en el suelo. Tiene que esforzarse mucho para reprimir un grito de victoria que pugna por salir de su garganta..... Pero se arrepiente al punto de lo que acaba de hacer..... ¡Pobrecita!.... Va á sentir un frío horrible. Es indispensable que el edredón vuelva á su antiguo sitio. Alargará el brazo con mucho cuidado y lo colocará de nuevo tal como estaba.....

No pudo realizar su obra de arrepentimiento, porque unos brazos suaves sujetaron los suyos y una voccecita lánguida murmuró á su oído:

—Es verdad, Julio, es verdad..... El edredón pesa mucho y produce un calor sofocante.....

TOMAS CAMACHO.

DUDA



¡Que acepte su amor! ¡Jamás!
Es casado... y mi pudor...
¡Ofrecerme á mi su amor...
nada más.

A UNO QUE ODIÁ LOS VERSOS

Por hacer versos te dió:
¿quién te lo criticará?
Por eso á todos nos dá,
pero tú sin duda no
naciste para poeta,
y, aunque mucho lo ensayaste,
ni una sola vez lograste
componer una cuarteta.

De esta medalla reverso,
hoy odias la poesía,

y por tí se prohibiría
hasta el escribir en verso.
¿Renglones cortos? ¡Ni verlos!
Los odias de corazón,
sin tener otra razón
más que el no saber hacerlos.
Ver unos versos te basta
para que les des un palo;
¡que el verso es fruto muy malo
y hay que acabar con la casta!

A mi me sueles pegar,
y me llamas poetilla.
Se lo has llamado á Zorrilla....
¿De qué me puedo quejar?
¿Que son mis versos perversos?
A tu opinión me acomodo;
pero así, malos y todo,
¡quisieras tú hacer mis versos!

JOAQUIN MIRANDA

ARREPENTIMIENTO

Algún día, mi bien, sin conocerte,
amé la soledad.
Te ví, y noté mi error: que desde entonces,
sin tí no puedo estar.

Algún día también sin conocerte,
odié la ingratitud.
Hoy te pido perdón; ¡yo no sabía
lo ingrata que eras tú!

FRANCISCO CAPELLA.

EL RELOJ

(Fábula)

A un reló que en una torre
iba las horas marcando
y en grave compás mostrando
lo mucho que el tiempo corre,
un anciano se acercó
de edad bastante avanzada,
y con voz casi apagada
de esta manera le habló:
—¡Para un poco! ¡por piedad!
¡detente, reló maldito!
¡no ves que me precipito
muy pronto en la eternidad?
Vé que si sigues andando
voy á desplomarme inerte
sobre mi lecho de muerte

que ansioso me está esperando.
Ya iba el reló interpelado
á detenerse obediente,
cuando un niño, alegremente,
se acercó por otro lado
y con voz clara y concisa
que retumbó en la ancha torre
le dijo:—¡No páres; corre;
corre, corre muy deprisa;
que quiero pronto ser hombre
para cubrirme de gloria
y que conserve la Historia
en sus páginas mi nombre!—
Quedóse el reló perplejo
en lo que debía hacer,

si seguir el parecer
del jovenzuelo ó del viejo,
y algunos cortos instantes
sobre la cuestión pensó,
pero al fin se decidió
por seguir lo mismo que antes.
Y es que sin duda se dijo:
«No obedeceré á ninguno,
pues si hago el gusto del uno,
se enfada el otro de fijo;
porque el tiempo sin embargo
que ni aumenta ni decrece,
á unos corto les parece,
y á otros les parece largo.»
MANUEL LASSA Y NUÑO.

¡RECUERDOS!

Nave sin rumbo y timón,
que en el mar del devaneo,
navega en pos del deseo
que despertó una pasión;
fascinadora ilusión
que sufre el pecho adormido;
célico y blando sonido
que modula tierna lira
¡es el alma que suspira
por un recuerdo querido!

Recuerdo que al renacer
roba del alma la calma,
pues lucha voluble el alma
entre el dolor y el placer.

Recuerdo que en nuestro sér
trueca el tormento en dulzura;
mas ¡ay! ¡en vano procuré
buscar el alma un consuelo,
que solo mirando al cielo
se alivia nuestra amargura!

Recuerdo que el pecho adora
al ver en él su destino,
flor que nace en el camino
de esta vida engañadora;
luz que el espacio colora;
soplo por Dios enviado,
es el recuerdo anhelado
por el alma dolorida

¡que es la esencia de la vida
el recuerdo del pasado!

Vaga y perdida ilusión
que es de la dicha el tormento,
adorado sentimiento
que adormece el corazón;
recuerdo que en la mansión
del infinito se crea,
es la dulcísima idea
del que en amores confía...
¡Y si esto no es poesía,
que venga Dios y lo vea!!

VITAL AZA.

¡YA VEREMOS!

Yo por la gloria batallo,
mas no consigo la mía.
¡Ayer era... mediana!
¡Hoy... mediana me hallo!

Distingo la gloria, sí
— ¡único bien que me falta! —
pero la veo muy alta,

siempre muy lejos de mí.

Y lleno de pesadumbre,
trepo sin mirar abajo,
mas, aunque sudo y trabajo,
no puedo alcanzar la cumbre.

¡Pero no me desaliento!
¡Aun cuando mucho me queda,

lo subiré como pueda
sin exhalar un lamento!

El camino no está llano;
yo soy primerizo y solo...
¡Veremos si el dios Apolo
quiere tenderme una mano!

J. ADÁN BERNED.

CARTA DE CUBA Á UN TAL PONS (1)

Pons, amich de la infantesa,
com deya 'l senyó Milá,
si escribint t' he de prová
que t' vull bé, fóra peresa.

En aquesta terra ingrata
no 't diré xistes á xorros,
perque la Musa 'm fá morros,
com si fós negra ó mulata.

Aixó es culpa del país;
com lo negre abunda tant,
ja pots está remenant,
¡sempre 't toca 'l doble sis!

Si vens, se 't gelan las sanchs,
y dius, veyent tan negrito:
— ¡Aquet país juga al palito,
y fá més negres que blanchs!

¡Y quins blanchs noy, quina tropa!
Tens aquí una societat
que, ó bé robas, ó ets robat;
sembla 'l presiri d' Europa

Per rés s' arma 'l trueno gordo;
hi ha aquí cada pillastron,
que si tornaba en Colon
no crech que 's mogué de bordo.

Aquí no trovas un pam
de talent: no corre un Fargas.
L' ingeni don' or á cargas,
pero 'l geni 's mor de fam.

De nit casi ningú surt
perque 't deixan net, y encara

després te fán mala cara
si 't troban un duro curt.

Jo no sé com ningú hi vé.
L' or es pura gerigonsa:
ab tres anys no he vist una onsa:
¡fins los rals son de papé!

Del café, no cregis pas
qu' aquí 's prengui del mil'ó:
jo 'l prenc'h d' arcalde majó
y anyoro 'l de cá 'n Cuyas.

També haurás sentit á di,
que per tabaco, l' Habana.
¡Pendria de bona gana
l' estanch de ca 'n Bacardil

Lo clima, un Dorregaray;
per tot pena de la vida;
ni gosas surti á l' eixida;
sempre 't fan está ab un ¡ay!

T' enfitas, pena de mort.
Pena de mort, si 't refredas.
Que 't vénen de gust las bledas;
adéu... l' endemá 'l coll tort.

Vius á forsa de diné,
no 't creguis que sigui farsa:
desgraciat qui ha de afeitarse;
¡tres pesetas de barbé!

Aquí es costum batejá
cuan lo xicot ja diu: volo;
vé 'l capellá, t' clava un solo:
¡cent juro de capellál

L' estudi del noy me balda.
¡Cada més pago un contarro!...
Y 'l noy no 'm pasa del Narro.
¡Valga que té 'l pare arcalde!

De dia á casa tancats
perque 'l sol deixa rostir,
y al vespre á las nou al llit,
com en temps de 'ls moderats.

No hi ha teatros, ni saraus,
ni jardins, ni fonts ahont beguis.
Vé l' istiu; perque 't distreguis
un vómit que 'ns deixa blaus.

Y no falta qui 't dirá
ab tó dols y falaguer:
*Bello país debe ser
el de América, papá.*

¡Cuan jo ho sento 'm feriral!
¿Bello país á n' aixó?
No hi déu habé estat com jo.

¡Qu' ho vagi á contá á sa tia!
No hi vinguis, no 't fará prova
segons véus pe 'ls meus informes.
¡Y ara hi volen fé reformas!...

Si no fán la casa nova...
Y adéu, noy. No 't dich rés més
perque m' amara la suó.
Mana á ton amich milló
que t' estima:

EDUART AULÉS

(1) Como Vdes. verán, tiene ahora *La Semana Comica* muchísima más lectura que antes. Esta abundancia de original nos ha movido á publicar la chispeante poesía catalana de nuestro colaborador Sr. Aulés. Habrá fuera de Cataluña quien no la entienda, pero... como de todos modos hay mucha mas lectura queantes...

LATINAJOS

Que el latín vá de capa caída, es cosa que venimos diciendo, desde Crasmo acá, todos los dómínes de la Península... de Morrazo.

¡Mal año para Mr. Raoul Fray y demás *Musiures* que allende el Pirene, desde hace cuatro años, la han emprendido contra la enseñanza de la lengua de Horacio y de Fray Gerundio!

La rabiosa campaña de los antilatinistas gabachos no tiene razón de ser en nuestro país. En este punto, nos hemos adelantado á Spencer en persona, que es también de los que piden la desaparición del latín de los cuadros de la segunda enseñanza.

Por acá, en efecto, no debe enseñarse el latín en ninguna parte hace muchísimos años. O si se enseña en alguno, nadie ó casi nadie lo aprende.

¿Quieren ustedes una prueba breve y perentoria de la verdad de lo que acabo de afirmar? Pues allá vá una docena de citas de horrendos latinajos, cazados al vuelo en libros, revistas y periódicos contemporáneos.

Como ustedes verán, los autores de estos desafueros contra el idioma de Virgilio, son todos, ó casi todos, peritísimos en el manejo del habla de Cervantes.

Pero, como á medida que el latín se sabe menos, crece el prurito ó la manía de aparentar que se conoce, de ahí lo que acontece en el actual momento histórico, en que todos hablamos en latín y en francés y en alemán, y hasta hay quien ladra en volapück.

Y basta de preámbulo. Allá van las citas ofrecidas, tomadas al azar y también al azar ordenadas.

Majora GANAMUR (Ortega Munilla—La Cigarra.)

O Deus O nihil. (F. M. Godino—En el periódico *El Progreso* de 22 de Agosto de 1881.)

ITCE MISA ES (E. G.^a Ladevese, en *El Liberal* de 13 de Octubre de 1881.)

EN ARTICULIS mortis—(Julio Nombela. «Ecos de Madrid» Noviembre de 1881.)

DEFFICIMUR specie recti. (A. Vicenti—«Ilustración Cantábrica» de 8 de Marzo de 1882.)

Fons HELICONIANUM.

Dies mei VELOCIERIS fuerunt cursore, fugerunt et non VIDERUM bonum (Nicanor Rey—«Ilustración Cantábrica» del 18 de Abril de 1882.)

Sublata causa tollitur AFFECTUS, añadí... recordando algo del poco latín que sabía.» (J. M. de Pereda—Esbozos y rasguños, pág. 9.)

Sola salus victis nullas sperare SALUTAS (Eusebio Blasco—Soledades.)

PALIDA mors—(Armando Palacio Valdés—Marta y María—Título del XIV capítulo.)

«En sus comienzos Arcachón tomó por divisa el clásico lema: *Heri, solitudo; hodie, vicus; cras, civitas*; soledad, ayer; hoy vacío (!!!); ciudad, mañana; al presente... etc.» Alfredo Vicenti—Cartas gallegas—«Eco de Galicia»—16 de Diciembre de 1883.)

SIC volet usus, como hubiera, dicho un Horacio de cocina—(Luis Alfonso—«Ilustración Española y Americana» de 30 de Enero de 1888.)

Hagamos aquí punto. Y ya que de Horacio de cocina se trata, entregamos este último desaguisado á la jurisdicción de Mariano de Cavia, el cocinero de *El Liberal* en cuyos sabrosos platos jamás hemos encontrado ni un pelo, ni un latinajo. Porquerías igualmente aborrecibles á un estómago delicado.

JESÚS MURUAIS.

LECCIÓN DE HISTORIA

Eso está, Laura mía, en el misterio, mas, como hay en la historia tanto lodo, no es raro que el capricho de un rey goda condene á España á duro cautiverio.

¡Maldito rey! ¡Eterno vituperio á quien, su amor anteponiendo á todo, hizo caer, de tan infuco modo,

al toledano poderoso imperio!

Tal pienso, Laura ¡que en mi ardiente entraña tiene la patria cariñoso abrigo!

...Pero no sé si el corazón me engaña,

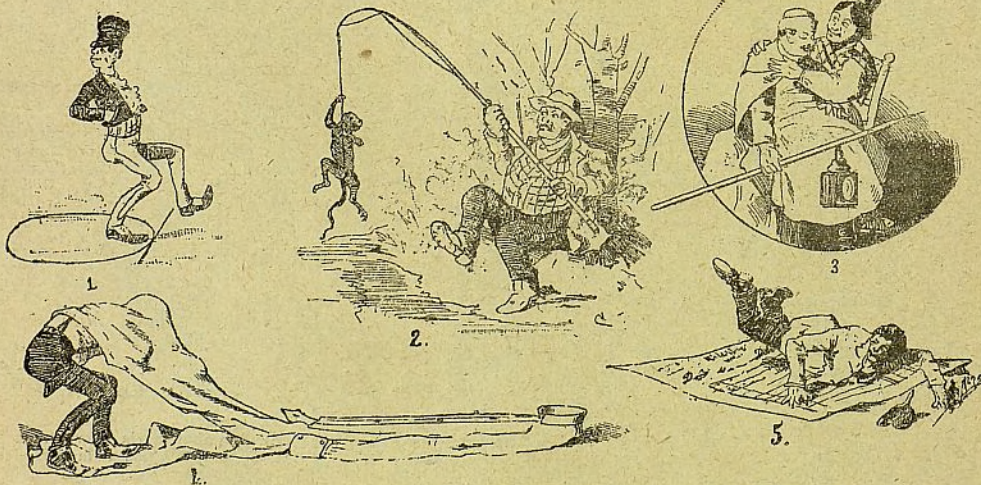
ni si, á pesar de lo que siento y digo,

volverían los árabes á España

si fueras tú la Cava y yo Rodrigo.

JOSÉ DE DIEGO.

FRASES



1 Salirse por la tangente.

2 Pescar una mona.

3 Dormir al sereno.

4 Meterse en camisa de oncevaras.

5 Caer en la cuenta.

Ayuntamiento de Madrid

MUCHOS POCOS

Cuando en el pueblo de Arnero
echaron al doctor Brajo,
exclamó el sepulturero:

—¡Ya me quedé sin trabajo!
ADELARDO DE REYES

Fué á ver al pintor Malvar
don Juan, que es hombre grotesco,
diciendo grave al entrar.

—Vengo á retratarme al fresco;

y se empezó á desnudar.

L. TABOADA

—Un académico fué
el que enterraron aquí.

—¿Hizo algo notable?—Sí:
escribió *zaga* con c.

MANUEL DEL PALACIO

Una copa de Madera

pidió en el café Damian.

—¿De madera?—dijo el mozo,
sólo las hay de cristal.

EUSEBIO SIERRA

Hablando de catalanas,
se escandalizó una vieja,
porque la dije que aquí
conozco á algunas *Sintetas*.

S. UST.

MATINÉE

Don Bruno Ruiz Aldato,
lascivo, solterón, súcio y beato,
vivía con Lucía y su consorte,
que era sereno de la villa y corte.

Esto lo digo para que las gentes
sepan del caso los antecedentes.

Pues señor, en su casa la Lucía
era el ama de llaves... Que servía
para el asunto puede asegurarse;
que era buena *ama* á nadie se le esconde,
puesto que había sido *ama* de cría,
mucho antes de casarse,
gracias á los influjos de un vizconde.

Pero ¡ay! una mañana, el buen marido,
al entrar en su casa, ya cumplida
la nocturna faena,
encontró á su mujer muy compungida
—¿Qué tienes? preguntó.—Se me han perdido
las llaves ¡ay de mí! de la alacena
donde tu almuerzo de hoy está encerrado.
—Voto... (aquí el consabido juramento)
¿Dónde las has dejado,

maldecida mujer?—Yo ni un momento
de ellas me he separado...

—¡Ah, mujeres malditas!

—No hables, por Dios, tan fuerte....

Don Bruno está durmiendo.—¿Y qué?—Si gritas
puede que se despierte....

—Bien, vé por ahí, y busca con cuidado,
yo, mientras, buscaré por este lado...

¿Ahora quizá el lector saber querría
si pareció de llaves el manajo
que era parte integrante de Lucía?

Lo diré sin sonrojo.

Las llaves parecieron, ya es sabido,
tras de haber registrado y recorrido
todos los aposentos uno á uno....

¡Las encontró el marido
debajo de la cama de don Bruno!...

Nota bene:—Pasado el incidente,
el sereno almorzó divinamente.

FERNANDO SEGURA.

MI PARABIEN

Ya sabe toda la gente
que habita en la capital
que tienes novio *oficial*.
¡Claro, como que es *Teniente*!

Está muy reconocido
por hembras de autoridad,
ser una felicidad
la sordera en el marido.

Todos te aconsejarán
que no seas impaciente,
y aguardes que, de Teniente,

le asciendan á Capitan.

¿Que si tardará, saber
desea tu corazón?

Pues coje el escalafón,
que por él lo puedes ver.

Compañía le darán
á seguida de ascender.
Ya verás, que grato es ser
la mujer de un Capitan.

Y juro por Belcebú
que á nadie sorprendería,

que teniendo él compañía,
también la tuvieras tú.

Y á más, la felicidad
de que si muere en la guerra,
disfrutarás en la tierra
su gloria...y la viudedad.

Pero, no. Hazte la cuenta
que creas más conveniente;
porque es fácil que el Teniente,
de Capitan se arrepienta.

FÉLIX MÉNDEZ

MENUDENCIAS

No compres billetes, niña
por que no sacarás nada:
¿no sabes tú que una fea
no puede ser *agraciada*?

Cuando de carmín se tiñe
el Oriente, pienso en tí,
pues también cada mañana
te tiñes tú de carmín.

Sentadita en el balcón
estabas, y yo al pasar
te vi, Rosita, las medias....
que habías puesto á secar.

S. UST.

UN COBARDE



UNCA se debiera llamar cobarde á un hombre, porque no se sabe con exactitud en qué consiste la cobardía y siempre se desconocen las causas múltiples y complejas que la determinaron. Sin tener en cuenta los temperamentos, que hacen que un hombre que tiene sangre más ó menos viva pierda la paciencia al menor insulto ó lo guarde para vengarse más tarde á sus anchas, hay mil circunstancias de tiempo, medio, edad, educación, que se necesitaría tener en cuenta antes de emitir un fallo. Además, el valor varía tanto como las ocasiones en que se produce. Se han visto hombres animosos ante un peligro físico, temblar y llorar como mujeres ante un peligro moral. Hombres que arrastran sable, nutridos con pólvora, cubiertos de gloriosas heridas, han cobrado miedo en las luchas de la conciencia. Algunos poltrones han llevado á cabo actos de heroísmo. Por el contrario, hay héroes que tienen un miedo infantil al gato de un dentista. Mugercillas que se sienten mal viendo desangrarse un pollo, curan amputados y dan á luz sin lanzar el menor grito. Hay desgraciados que apelan al envenenamiento por el fósforo ántes que dispararse un tiro en una sien; y esos tímidos á quienes aterra el frío del acero, pasan tres días en una agonía atroz que no les arranca una sola queja.

Voy á contaros el fin de un cobarde.

Cuando llegamos al fondo del valle á donde me condujo, el pobre diablo tomó mis dos manos y se echó á llorar.

Yo conocía perfectamente los motivos de su tristeza y me prestaba con frecuencia á los esparcimientos de su dolor. Más de una vez me había contado las miserias de su infancia y me eran conocidos los tormentos de su vida presente. Era hijo natural de una comedianta y un judío que había muerto en la cárcel.

Su madre lo había hecho rodar con su equipaje por todos los teatros de provincias y del extranjero, donde la habían lanzado los azares de la fortuna. Había comido en su compañía el pan de la prostitución, bebido el champagne de las cenas y servido de juguete á los amantes. Desde que tuvo uso de razón hasta los diez y seis años, había cambiado de papá con la frecuencia que su madre de vestidos, y ésta mudaba varias veces al día. Una hermosa mañana la madre había desfilado sin avisarle, dejándolo solo y sin recursos, en un rincón de la América del Sur. No la volvió á encontrar, y había salido de su aprieto como había podido, es decir, mal. Había vuelto, sin embargo, á ad-

rís, patria de los cesantes y desesperados; pero no había conseguido ganarse la vida en esta ciudad. Había vivido al azar, ayudado por éste, alojado por aquel y alimentado por todo el mundo, porque era conocido en esa familia de bohemios que viven al aire libre y con el corazón en la mano.

Mal educado, acostumbrado á un lujo de contrabando y á la pereza, no conociendo además ningún oficio, y habiendo recibido una instrucción insuficiente y sin método alguno, era incapaz de hacer nada con sus diez dedos. Un año y otro transcurrieron en esta vida perezosa. Se dejaba arrastrar á la inercia. De cuando en cuando era presa de un acceso de vergüenza y dignidad. Entonces encontraba resoluciones; se decidía á trabajar. Pero todo esto se deshacía en un diluvio de lágrimas inútiles. Como á pesar de todo era un buen chico, encantador, bizarro y más digno de lástima que de vituperio, yo le profesaba una sincera amistad y era casi siempre su confidente en esas crisis que empezaban por arrebatos y terminaban en lloriqueos.

Pero nunca le había visto tan profundamente entristecido, tan lúgubramente desconsolado como el día en que me condujo al fondo de aquel valle escondido. Ese día, no eran lágrimas de niño las que humedecían sus mejillas; eran sollozos de hombre que sacudían su pecho.

Pude calmarle un poco con algunas suaves palabras. Pero, con gran asombro mío, no se dejó adormecer por los consuelos como de ordinario. Interrumpió bruscamente mis cariñosos mimos, mirándome á la cara con tranquila resolución.

—Ya que me demostrais algún cariño, me dijo, ¿haréis por mí algo que acabase con todos mis males?

—Sí; haré cuanto pueda.

—Pues bien, si sentís algún afecto hacia mí, podeis probármelo haciéndome un favor que constituirá la mayor alegría de mi vida.

—¿De qué se trata? le pregunté con curiosidad.

—Es preciso que me ayudeis á morir.

—¡A morir! ¿Estais loco?

Comencé á creer que estaba loco, en efecto, y no comprendía á donde iba á parar. Hubiera tomado esto como una farsa, si su aire grave, su gesto deliberado y su voz firme no me hubiesen convencido de su seriedad. No era su proposición una de esas frases que se lanzan sin reflexionar en los momentos de sufrimiento. Era una proposición fría, que me causó miedo.

—Permitidme que os explique, continuó el, cual es mi intención y cuales las causas que la motivan. Permitid que os pruebe que no estoy loco. No os relataré una vez más mi singular existencia. Conoceis todos sus tristes y vergonzosos detalles. Sabeis, además, cómo vivo hoy. Conozco de antemano las excusas que vuestra bondad va á buscar para estorbar mi propósito; pero no puedo aceptarlas. Tengo la conciencia de vivir en este momento como un hombre in-

decente. Mientras que he sido niño, he podido justificar mi ociosidad y no avergonzarme de mi parasitismo.

Hoy veo que mi conducta es indecorosa; y, lo que es más atroz aún, siento que carezco de fuerza de voluntad suficiente para adoptar otra. No me interrumpais, os lo suplico. Vais sin duda á decirme que no es culpa mía, que mi deplorable educación es la causa de todo, y que todavía puedo enmendarme. No, amigo mío, no puedo. Me conozco á fondo y sé hasta dónde puede llegar mi honradez. Si continúo viviendo, llegaré á ser un canalla. No en vano corre por mis venas la sangre de un pícaro y una cortesana. Fatalmente debo caer por espíritu de raza. El único remedio para impedirlo es la muerte. Además, amigo mío, tengo otras razones más irrefutables que aducir. Amo profunda y tiernamente á una jóven. Hé aquí un medio de rehabilitación, pensareis quizás. Perteneceis al número de los que creen en las rehabilitaciones por el amor. Pues bien, esta puerta está también cerrada para mí. Yo no puedo conseguir que esa jóven corresponda á mi amor. Ella es pura, rica y adorada, y no por un bohemio, por un pisaverde, por un bastardo. Y aún cuando pudiera conseguir su amor, no haría sinó pasar de una situación penosa á otra más dolorosa aún. ¿Me comprendéis? Es preciso que os lo diga todo, porque sois en cierto modo mi confesor. La sangre de mis padres no me ha transmitido únicamente el mal moral, sinó que me ha inficionado un mal físico. Y desórdenes precoces lo han hecho florecer en mi pobre cuerpo. ¿Comprendéis ahora? No me he curado. He dejado que las cosas sigan su curso. Dentro de algunos años, ó meses quizás, seré presa de las últimas mordeduras del monstruo. Mis cabellos, mis dientes, mi carne, desaparecerán. Es muy tarde ya para luchar. ¿Cuando os decía que no puede ser uno impune el producto de dos podredumbres! ¿Os convenceis al fin, querido amigo? ¿Veis como permanezco en calma, sin exaltarme, como razono friamente y peso friamente los motivos todos de mi determinación? Con toda franqueza, respondedme, como si respondiérais á vos mismo. ¿No es cierto que no tengo razón para vivir y que en cambio mil razones abonan mi muerte? Confesad, pues, con sinceridad, que no puedo salir honrosamente de este callejón cerrado sinó por el suicidio. ¡Tened el valor de ser un verdadero amigo!

—A fé mía, contesté, conmovido por su acento y sus palabras, yo no sabía todo esto. Pobre, pobre muchacho! Evidentemente, vale más morir.

—¿Entonces, no habrá inconveniente en que me presteis el servicio que os he suplicado?

Y dijo esto con un acento tan lleno de alegría, que me hizo experimentar una sensación

de frío á lo largo de la espina dorsal. Yo había respondido á sus instancias, á su lógico razonamiento, pero había respondido casi en voz baja, sin pensar en las consecuencias de mi aprobación. Ahora, en cambio, sentía un gran pesar en haber dado mi aquiescencia. El lo advirtió.

—¡Oh! exclamó, ¿sereis acaso cobarde como yo?

—¿Por qué he de ser cobarde? ¿Y por qué como vos? Palabra de honor, que no os comprendo.

—¡Comol! ¿No habeis comprendido aún lo que yo quiero? Acabando de deciros que soy cobarde, ya debeis cemprender qué favor os pido. Si, yo sé que la muerte es mi único recurso; sé que no puedo, que no debo vivir más; sé que es necesario desaparecer de la escena de la vida. Pero no me atrevo; soy cobarde, os digo, soy un miserable cobarde.

—¿Y bien...? balbuceaba yo temblando, porque empezaba á entrever la abominable verdad.

—¡Y bien! dijo con voz vibrante, es preciso que vos me *suicideis*.

Y me tendió un revólver.

Retrocedí horrorizado al ver el crimen que me proponía.

Entonces se me acercó, me rogó, me suplicó.

Lo había previsto todo; llevaba consigo una carta en la que manifestaba el suicidio; que nadie tenía que molestarme para nada; que el valle estaba completamente desierto; que yo debía apiadarme de él; que yo era el único amigo que él había encontrado en su camino y le rehusaba el único favor que me había pedido; que iba á convertirse en un pícaro, en un perdido, y yo sólo tendría la culpa; que él cifraba toda su felicidad en la muerte, que yo debía darle la muerte como una limosna; que era una buena acción la que yo iba hacer.

Y su acento era profundo, conmovedor. Poco á poco se apoderaba de mi su locura. Defendiéndome con argumentos cada vez más débiles, escuchaba los suyos y los aprobaba, persuadiéndome poco á poco de la razón que le asistía. El, viendo que me inclinaba á su favor, redoblaba sus súplicas. Había en su voz caricias, ruegos irresistibles, algo de la mujer que enloquece.

—¿Accedes, por último, no es cierto?—me dijo al fin en voz baja y al oído.

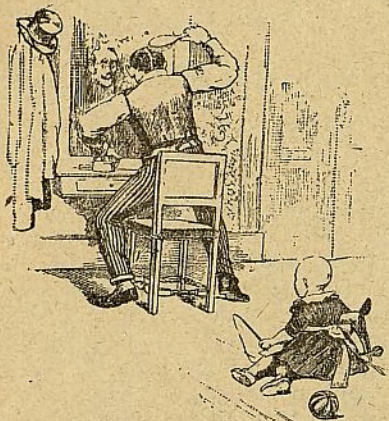
Y puso el revólver en mis manos.

El cañón del arma se dirigía en línea recta hácia su boca. Yo estaba fuera de mí. Entónces él lanzó un grito de niño. Cerré los ojos, oprimí el gatillo y le destrocé el cráneo.

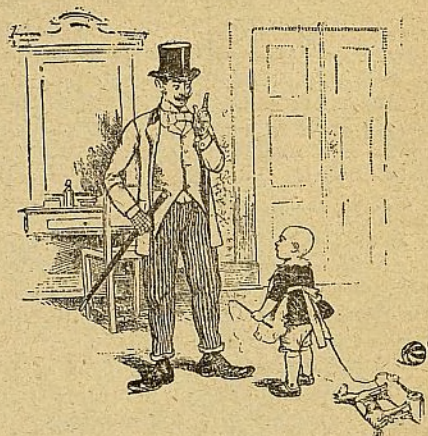
JUAN RICHEPIN.

UNA TRAVESURA

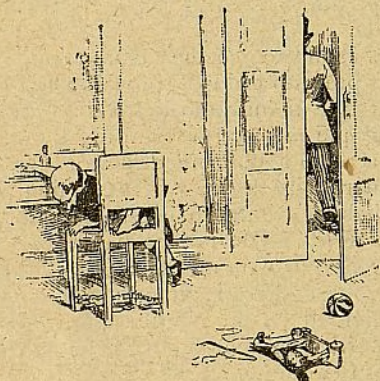
(Del alemán)



¡Pero, Señor! ¿qué es lo que debe untarse en el pelo mi papá?



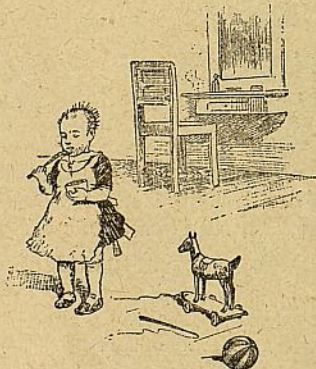
—Mira; yo salgo y vuelvo enseguida. A ver si te estás quietecito y no haces ninguna de las tuyas....



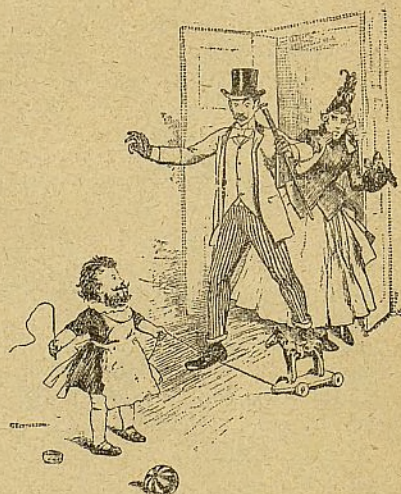
Y en efecto...



Apenas se vé solo, le falta tiempo á Pepito para imitar á su papá, empleando aquel líquido misterioso;



que era nada menos que un vigorizador del cabello.



Résultado final.

EL REY DE LOS SANTOS

Sentados en sillas de oro
de diamantes adornadas,
en un recinto del cielo
buenamente conversaban
los santos de Dios benditos,
con las muy benditas santas.

Dice así Santa Lucía:
—¡Yo sí que soy adorada!
Todos los ciegos me ruegan,
todos amores me cantan,
y entre mis devotos tengo
muchas personas de fama:
ministros, gobernadores,
políticos de gran talla
y además, toda completa,
la policía de España.
Yo ruego á Dios que los cure,
pero ni Cristo los sana.

—Pues muchos de esos que á tí
tanto te ruegan, hermana,
yo sé de muy buena tinta,
que vén lo que ver les cuadra,
y á mí también me ofrecían
letanías y plegarias
mucha de esa gente gorda
que ahora me tiene olvidada;
mas tengo, en cambio, mil flacos
que, suplicantes, me llaman,
para ver si les engordo,
pues soy de los flacos santa.
(Echándose fresco, así
dijo Santa Robustiana.)

En esto un ruido espantoso

vino á perturbar la charla,
y oyose una voz tremenda,
que dijo con notas ásperas:

—Pido que á mí se me nombre
reina de santos y santas,
puesto que soy la que tiene
más devotos y más almas.

Levantóse el buen San Pedro
y dijo:—¿Quién es?—¡Soy Bárbara!
Después de pensar un rato,
decidieron coronarla,
cuando el gruñido de un cerdo
sintiose, y entró en la sala,
caballero en su marrano
fiel, San Antonio de Padua.

—Vengo á disputar el trono
á la misma Santa Bárbara—
dijo con voz temblorosa
retorciéndose las barbas—
que á fuerza de tantas súplicas
y explicaciones tan largas,
nos tienen á mí y al cerdo
más calientes que una fragua.
«¡Ay, San Antonio bendito,
cuándo me verá casada!»

«¡Buscarle un novio á Pilar
y á mí no, que soy más guapa!»
«Yo no te exijo gran cosa,
que, aunque soy aristocrática,
si me das un civil raso
lo acepto de buena gana.»

Que así me rueguen las chicas
buenas, elegantes, guapas,

no me trastorna, señores;
lo que me dá mucha rabia
son las súplicas de viejas
ridículas y atildadas
(pues hay viejas que no tienen
ni formalidad, ni nada).

Me tienen ya tan cansado,
que un día pierdo la calma,
cojo el puercito, se lo tiro
las reviento... ¡y santas Pascuas!

Ved, pues, que soy yo quien tiene
más devotas y más almas,—
dijo y todos contestaron:

—¡Sí, sí, le ganas á Bárbara!

Cuando ser rey y señor
ya San Antonio pensaba,
sintieron tocar un cuerno
con potencia extraordinaria,
y entró un santo, caballero
sobre un toro de Veraguas
y alzando la voz les dijo:

—Si acaso rey se proclama,
yo seré el rey elegido,
pues mis devotos lo mandan.
—¿Quién eres?—dijo San Pedro.
—Yo soy San Cornelio y basta,
que en la tierra y en los cielos
siempre el cuerno es el que manda.

¡Y le coronaron rey
de los santos y las santas!

F. ULACIA BEITIA.

CHIRIGOTAS

Ante todo déjenos Vds. cumplir un deber de
gratitud.

Quiero dar las más expresivas gracias á los
colegas, tanto locales como forasteros, que han
anunciado la aparición de nuestro *Número-al-*
manaque, tributándole y tributándonos un cha-
parrón de elogios, que nos ha llegado al alma
por lo mismo que no lo merecemos.

Estén todos ellos seguros de que nuestra gra-
titud es tan grande como su galantería.

En cuanto al público...
(Veran Vds. lo que le voy yo á decir al pù-
blico.)

¡Pueblo soberano! ¡estoy sumamente incomo-
dado contigo!

Veinte mil ejemplares me consumiste del
Almanaque. ¿Por qué no devoraste cien mil?

Tres ediciones, dos agotadas y una á punto
de agotarse, me has hecho tirar de él. ¿Por qué
no me hiciste tirar diez ó doce?

Esa no es la manera de portarte como co-
rresponde ¡oh público!

Ya lo sabes. Aprende para otra vez y hazme
consumir tantas ediciones como pesetas vales!
tu ¡oh, público, que tantísimas pesetas vales.

En una barbería se hablaba días pasados, del
destripador de mujeres de Londres.

El barbero, que es un mal rapador, mientras
afeitaba, ó mejor dicho, desollaba á un parro-
quiano, exclamó indignado:

—Sea quien fuere el autor de esos crímenes,
no hay para él castigo bastante.

—Si—replica el parroquiano—Hay un cas-
tigo.

—¿Cuál?

—¡Afeitarse aquí!

Conozco una casera que es la reina de las
caseras.

Tiene en la Rambla del Centro, una magní-
fica casa cuyo quinto piso habita ella.

¡Un trayecto de ascensión de 130 escalones!
Ayer fui á visitarla.

—¡Ufl déjeme Vd. descansar, señora mía,
que subo echando los bofes.

—De poco se queja Vd.. Yo la subo tres ó
cuatro veces al día.

—¿Cómo diablos vive V. tan alto, siendo suya la casa?...
 —¡Que quiere Vd.! ¡Los cuartos de abajo los he puesto tan caros!.

* *

—¿Qué te parece Rosario?
 —Una mujer que me llena.
 —Chico, pues á mí al contrario.

* *

—Amigo mío: ¿dónde encontraría yo un talismán que me sacara de apuros?

—¿Un tal Isman? No lo conozco, pero lo preguntaré.

* *

Un mancebo de botica
 tiene por novio Librada.
 ¡Ay, qué lástima de chical
 ¡tan joven y amancebadal

* *

En el baile celebrado esta semana en honor de la Infanta doña Eulalia, se ha notado que el Alcalde progresa notablemente en el arte de Terpsicore.

Ahora puede decirse que—aunque consecuente fusionista—el señor Rius *baila al son que le tocan*.

Porque es de suponer que si tocan rigodón, no se pondrá á bailar mazurca.

Y á mí—que, aunque hago sueltos, voy atando cabos—se me ha ocurrido una idea.

En muchos pueblós de Cataluña—y no sé si tambien en los de otras regiones—el principal salón de baile es el de sesiones del Ayuntamiento.

Y no estaría mal convertir nuestro salón de Ciento en salón de danza.

Se invitaría á las principales familias de Barcelona y los domingos por la tarde se verificarían bailes de criadas y de horteras.

Y, como en los pueblos, formaría parte del programa el *Wals de sôcios*, que, como es natural, bailarían únicamente los sôcios, es decir, los concejales.

Me parece que Fontrodona *valsando* debe de estar delicioso.

Y ese no tendría que preocuparse buscando bailadora.

¡El solo ya es una pareja!

—Pero, diga Vd., señor redactor.

—¿Qué hay?

—Esa idea no puede llevarse á cabo.

—¿Por qué?

—Porque los concejales no quieren invitar á nadie. Ellos dicen que ya se entienden....

—Y bailan solos.

—¡Eso es!

* *

«El domingo aparecieron nevadas las montañas de los alrededores de Tortosa»

Si en Barcelona cayese una nevada, es de suponer que las primeras que quedarían cubiertas de nieve serían las *montañas rusas* de la Exposición.

—Y entonces la ilusión sería completa, ¿no es verdad, Antolín?

—¡Ah! Si, señor.

—Descender rápidamente sobre el hielo, envuelto en un *ruso*...

—Yo no.

—¡Vamos! Ya vés á hacerte el valiente. Quieres decir que no tendrías frío, ¿eh?

—Frío, sí. Lo que me faltaría sería el *ruso*.

* *

Un banquero muy avaro estaba aprendiendo el rigodón, para poderlo bailar en casa de Fabra. Y le decía el maestro:

—Mire V.; al llegar al medio, usted dá la mano....

—¡Yo no doy nadal—contestó secamente.

Dió media vuelta—por no dar una—se largo y no quiso aprender más.

* *

En la sección de espectáculos de un colega local:

«TEATRO DEL LICEO.—Hoy domingo, etc. etc.—Noche.—La ópera *Carmen* del maestro Bizet, en cuyas partes se distinguen»..

¡¡Cielos!!

«... se distinguen la Pia Roluti, de Marchi y Aragó.»

¡Ah!

¡Se distinguen en las partes de la ópera!

* *

—Vuelves muy grueso, Genaro, dijo á su novio Asunción.

¿Es el dolor de la ausencia?

—No, la ausencia del dolor.

PUBLICACIONES

El Sino de las Mujeres, poema en 3 cantos, original de D. José Martínez Medina.—Es una obra recomendable, á la que no tributo las alabanzas que merece, porque el autor, ventajosamente conocido ya en la república de las letras, no necesita elogios.

El Gusano de Luz, novela de costumbres andaluzas, de D. Salvador Rueda.—En el número que viene echaremos un parrafito acerca de ella. Por hoy, me limito á dar las mas expresivas gracias á mi distinguido amigo, por la galante dedicatoria del ejemplar que me ha remitido.

Imp. Militar Arco del Teatro, 9, Pasaje

Ayuntamiento de Madrid

SECCION DE ANUNCIOS

PIANOS "ERARD"

109 AÑOS.—CASA FUNDADA EN 1780.—109 AÑOS
30, FONTANELLA, 30

Ventas al contado y á plazos.—Cambios.—Alquileres.—Reparaciones y afinaciones por operarios de la Casa Erard de París.

MADRID
Pecados, 3

EL AGUILA GRAN BAZAR DE SASTRERIA

CADIZ
S. Francisco, 25

Plaza Real, núm. 5.—BARCELONA

Surtido inmejorable de prendas propias de la estación, como capas, Sobretodos, Rusos, etc., Todo á precios reducidísimos.

Trajes á la medida.—Corte irreprochable.

PLAZA REAL, 5.—BARCELONA

SEVILLA
Sierpes, 70

BARCELONA
Plaza Real, 5

Anemia, Fiebres, Convalecencias, Males de Estómago

VINO DE BUGEAUD

TÓNICO NUTRITIVO CON QUINA Y CACAO

Unico depósito al por menor en París: F.^a Lebeault, 53, rue Réaumur

Por mayor: P. LE BEAULT et C.^e, 5, rue Bourg l'Abbé, París

MEDICAMENTOS ESTRANJEROS

Gran rebaja de precios

DEPÓSITO GENERAL

Sres. Borrell hermanos, Conde del Asalto
núm. 52, Farmacia.

SOMBRERERIA

LA MAS ECONOMICA

5, Calle de la Union, 5

—3 CASA UNICA EN SU CLASE—

Sombreros á 10, 9, 7, 6 y 5 pesetas
con caja ó cepillo.

5, CALLE de la UNION, 5

PICA HERMANOS

Gran bazar de ropas hechas y á medida para caballeros y niños.

Especialidad en trajes para colegiales, pantalonería y libreas.

Géneros especiales para lutos y medios lutos.

Id. Id. para fracs y levitas.

Casa de confianza.

6, Puerta del Angel, 6

CAM AAS FOTOGRAFICAS

Y PLACAS PERFECTAS DE TODAS MARCAS

Unico depositario en España de las tan celebradas Lumière. Hay además Monckoven, Beernaert, Dervent y otras. Calibres, cubetas, objetivos, obturadores, papeles nitrados, Marion, Alpha, Morgan, Hutinet. etc., etc.

ALMACEN DE DROGAS DE ANTONIO BUSQUETS Y DURAN
San Pablo, 19 y 21.—Barcelona

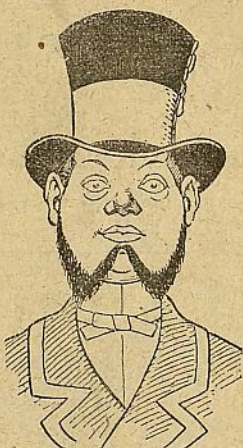
En la imprenta de este periódico se hacen toda clase de trabajos con esmero, prontitud y economía.

Ayuntamiento de Madrid

ABECEDARIO FACIAL



A



W

De esta manera, algo rara,
llega á su colmo el reclamo
así como se repara
lleva el lacayo en la cara
las iniciales del amo.



T

CHOCOLATE AMATLLER

De venta en todas las tiendas de Ultramarinos de Barcelona y provincias.

REGALOS

Si quereis comprar bien y á gusto
cajas y caprichos, en la fabrica de la
calle Jaime I, n.º 17

Máquinas para Coser

SANTASUSANA

Venta á plazos y al contado

A pié desde 16 duros

A mano id. 8 id.

33, Cármen, 33

RUBINAT

PROPIEDAD DEL DR. LLORACH

ÚNICA AGUA PURGANTE DE RUBINAT

Recomendada por todos los Centros Médicos de Europa y América.

Purgante sin rival en el mundo; produce su efecto sin ocasionar dolor, ni perturbación en las funciones digestivas, á las que regulariza despertando el apetito. Empléase con eficacia en los empaehos gástricos, infartos viscerales, hiperemias del encéfalo, herpes, escrófulas (tumors frets) y contra la obesidad (gordura).

Véndese en las principales farmacias y droguerías

Como garantía de legitimidad, pídase siempre la marca y firma del Dr. Llorach.

Al por mayor: Alomar y Uriach; Sociedad Farmacéutica Española: B. Buñil y C.^ª; Hijos Vidal y Ribas; Ferrer y C.^ª; Ramon Freixas; Dr. Andreu; Dr. Pizá, Farmacia Fábregas (Gracia).

Administracion: Córtes, 276, entresuelo.—Barcelona.

En todas las farmacias, Perfumerías y Peluquerías

LA VELOUTINE

Polvo de Arroz especial

Preparado al Bismuto por Chles. FAY.—9, Rue de la Paix, 9.—PARIS

Ayuntamiento de Madrid